



MINISTERIO APOSTÓLICO INTERNACIONAL

Anhelamos acompañarte con una Palabra de amor y esperanza.

www.palabrasdevida.com

La Otra Mejilla:

Venciendo al Mal con el Bien en la Ética del Reino.

Parte 2 de 2.

Contenido

EL DESAFÍO DE LA VIDA REAL.....	1
Prólogo: El Umbral de lo Imposible	1
PUNTO I: CONEXIÓN.....	2
PUNTO II: ¿ES IMPOSIBLE VIVIR ASÍ?.....	4
PUNTO III: ¿DÓNDE TRAZAMOS LA LÍNEA DE LA DEFENSA?	5
El Caso del Abuso	6
La Defensa del Inocente.....	6
La Autoridad Delegada	7
PUNTO IV: ¿VALE LA PENA PERDER PARA GANAR?.....	7
Cuando la Teología se Cruza con la Vida Real	8
Analizando Nuestra Lucha Interior	8
El Verdadero Campo de Batalla.....	9
El Secreto de la Libertad Real	9
Tu Lunes por la Mañana	10

EL DESAFÍO DE LA VIDA REAL

Prólogo: El Umbral de lo Imposible

¿Te has fijado que el mundo nos ha convencido de que la única forma de sobrevivir es endureciendo el corazón? Desde pequeños nos grabaron a fuego que "hacerse respetar" es sinónimo de devolver el golpe con más fuerza, y que la mansedumbre es solo una forma elegante de llamar a la debilidad. Vivimos en una cultura de "ojo por ojo" que nos deja a todos ciegos y agotados de tanto defendernos.

Pero, ¿y si te dijera que existe una forma de lucha que desconcierta al agresor y te devuelve el control de tu propia vida? No hablo de una teoría para monjes aislados, sino de una estrategia para cuando el lunes te golpea con una injusticia en el trabajo o una tensión en casa que se puede cortar con un cuchillo. En este estudio no vamos a aprender a ser "alfombras" donde el mal se limpie los pies; vamos a descubrir cómo convertimos en el espejo donde el mal se detiene en seco. Te invito a asomarte a una propuesta que no busca que aguantes la respiración hasta que pase el problema, sino que encuentres una identidad tan sólida que nadie pueda definirte, por más fuerte que te golpee.

PUNTO I: CONEXIÓN

¿Alguna vez han sentido esa especie de "resaca espiritual" que ocurre los lunes por la mañana? Me refiero a ese momento extraño en el que la inspiración del domingo choca violentamente contra la realidad de la semana.

El domingo pasado estuvimos aquí. Abrimos las Escrituras, escuchamos las palabras de Jesús sobre *"poner la otra mejilla"*, y algo en nuestro espíritu se encendió. Sentimos el desafío hermoso de no devolver mal por mal. Salimos de aquí con el corazón lleno de propósitos nobles, pensando: *"Sí Señor, voy a vivir así. Voy a ser manso. Voy a detener el ciclo de la violencia"*. Fue un momento santo. Fue un momento de claridad.

Pero entonces llegó el lunes.

Y al lunes no le importa lo que sentiste el domingo. El lunes trajo consigo esa reunión de trabajo donde tu colega te robó el crédito por el proyecto en el que trabajaste todo el mes, y lo hizo con una sonrisa cínica en la cara. El lunes trajo esa discusión en la cocina con tu cónyuge, donde las palabras volaron como cuchillos y el ambiente se cargó de una tensión tan espesa que se podía cortar. El lunes trajo la notificación de una demanda injusta, o el grito de un vecino agresivo, o la discusión por un lugar en un estacionamiento, o simplemente el peso agotador de vivir en un mundo que parece premiar al más fuerte y aplastar al más noble.

Y en medio de ese torbellino, esa voz interior, esa que todos conocemos tan bien, empezó a susurrarte. Quizás no fue un susurro, quizás fue un grito de frustración: *"¿En serio esperas que yo ponga la otra mejilla ahora? ¿Aquí? ¿Con esta gente?"*.

De repente, lo que sonaba como una poesía divina en el cálido ambiente de nuestra congregación, el lunes suena como una locura suicida en la oficina. La distancia entre el "Amén" del culto y la realidad del conflicto se siente infinita. Y surge una pregunta honesta, una pregunta que tal vez no nos atrevemos a decir en voz alta porque suena poco espiritual, pero que nos carcome por dentro: *"¿Es esto realmente posible? ¿O es el Evangelio una utopía hermosa diseñada solo para monjes que viven en montañas aisladas, lejos de las hipotecas, los jefes abusivos, los vecinos hostiles y los parientes difíciles?"*.

Porque, seamos sinceros, vivir esto duele. Duele en el orgullo. Duele en el sentido de justicia. Y lo que es peor, nos da *"miedo"*, y por qué no confesarlo... también

“vergüenza”. ¿O acaso no nos hemos dado cuenta de la forma distinta en que nos comportamos cuando estamos solos o cuando estamos frente a quienes nos interesan, como una novia, esposa, familia o amigos?

Nos da un miedo terrible que si obedecemos a Jesús, si bajamos las manos, si decidimos no contraatacar, nos convertiremos en las víctimas perfectas. Vivimos en una cultura que nos ha entrenado desde la infancia con un mantra muy diferente: *“No te dejes atropellar. Si te pegan, pega más fuerte. Hazte respetar”*. Nos han enseñado que la mansedumbre es debilidad, que el silencio es consentimiento y que el que perdona es un tonto al que le pasarán por encima una y otra vez.

Entonces, cuando leemos Mateo 5:39 sobre *“poner la otra mejilla”*, nuestro instinto de supervivencia activa todas las alarmas. Empezamos a imaginar los peores escenarios. Pensamos: *“Si aplico esto, ¿significa que tengo que dejar que abusen de mí? ¿Significa que si mi marido me golpea tengo que quedarme callada? ¿Significa que si un ladrón entra a mi casa a lastimar a mis hijos tengo que invitarlo a pasar?”*.

Esas preguntas no son señales de rebeldía; son señales de que estamos tomando el texto en serio. Son las dudas legítimas que surgen cuando la teología toca la tierra, aquí donde la sangre es roja y las lágrimas son saladas. Porque no estamos hablando de teorías abstractas; estamos hablando de situaciones donde hay heridas reales, donde hay peligro real, donde el instinto de protección grita por justicia.

Hoy, en esta segunda parte de nuestra serie, vamos a descender de la montaña de la teoría para entrar en la arena de la vida cotidiana. Vamos a mirar a los ojos a esas situaciones difíciles. No vamos a esquivar las preguntas incómodas. Vamos a hablar de lo que sucede cuando el hogar se convierte en un campo de batalla. Vamos a hablar de la diferencia entre la venganza y la defensa. Vamos a hablar de la policía, de los jueces y de los límites.

Pero sobre todo, vamos a descubrir que la invitación de Jesús es mucho más profunda y mucho más digna de lo que nuestros miedos nos permiten ver. Vamos a entender que Él no nos llamó a ser alfombras donde el mal se limpie los pies, sino a ser espejos donde el mal se vea reflejado y no pueda prosperar.

El mundo te dice que tu valor depende de tu capacidad para destruir a tu enemigo. Te dice que eres alguien solo si logras imponer tu voluntad por la fuerza. Pero nosotros servimos a un Rey que venció muriendo, que gobernó sirviendo y que nos enseñó el secreto más poderoso del universo: ***tu identidad no está en juego en la pelea.***

Por eso, mientras navegamos por las aguas turbulentas de las objeciones y los casos difíciles, hoy quiero que mantengas una verdad anclada en el centro del pecho. Es la misma verdad que establecimos la semana pasada, pero hoy la necesitamos más que nunca. Cuando el mundo te presione, cuando el miedo te susurre que te defiendas con odio, recuérdate a ti mismo:

Puedes golpearme, pero no puedes definirme.

PUNTO II: ¿ES IMPOSIBLE VIVIR ASÍ?

La primera barrera con la que chocamos no es intelectual, es visceral. Es ese grito interno que dice: *"¡Esto es demasiado! ¡Nadie puede vivir así en el mundo real!".* Y quiero comenzar dándoles una respuesta pastoral que quizás no esperan, pero que es la única honesta: **Tienen toda la razón.**

Es imposible.

Si intentan vivir el Sermón del Monte con sus propias fuerzas, van a fracasar. Y no será un fracaso bonito. Si tratan de *"poner la otra mejilla"* a pura fuerza de voluntad, apretando los dientes y aguantando la respiración, terminarán en uno de dos lugares peligrosos: *la hipocresía o el resentimiento.*

Piensen en la **hipocresía** por un momento. Es esa sonrisa plástica que ponemos cuando alguien nos ofende en la iglesia. Decimos "bendiciones, hermano", pero por dentro estamos hirviendo. Exteriormente ofrecemos la mejilla, pero interiormente estamos imaginando cómo Dios (o el karma) va a destruir a esa persona. Eso no es santidad; es actuación. Y esa actuación nos pudre el alma porque vivimos divididos entre lo que mostramos y lo que somos.

O peor aún, caemos en el **resentimiento**. Empezamos a acumular una cuenta de cobro silenciosa contra Dios. Pensamos: *"Yo me sacrifiqué, yo perdono, yo me dejé humillar... ¿y qué gané? Nada. Me vieron la cara de tonto".* Esa amargura es un veneno que nos destruye mucho más rápido que cualquier golpe que nos hayan dado.

Hermanos, Jesús no nos dio este mandato para que intentáramos cumplirlo con nuestro temperamento natural. No nos pidió que fuéramos "buenas personas" que aguantan todo. Nos dio un estándar imposible para llevarnos al final de nosotros mismos. Nos dio una ley tan alta que nos obliga a caer de rodillas y decir: *"Señor, no puedo. Mi orgullo es demasiado grande. Mi ira es demasiado rápida. Si Tú no lo haces a través de mí, no sucederá".*

Y es justo ahí, llegados a ese punto de rendición total, donde nos hallamos en la mejor posición posible para recibir el poder de Dios. Porque es allí donde Su promesa cobra vida: *"Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad"* (**2 Corintios 12:9**). Cuando tú te vacías de tu fuerza, Él te llena de la Suya.

Jesús lo dijo claramente: *"Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible"* (**Mateo 19:26**). La línea divisoria entre el fracaso y la victoria no es tu capacidad de aguante, es tu nivel de dependencia. La *"otra mejilla"* no es un acto de heroísmo moral; es un acto de crucifixión del "yo" para que el Espíritu de Cristo viva a través de ti.

Pero incluso si aceptamos que necesitamos al Espíritu Santo, surge inmediatamente una segunda pregunta práctica, una pregunta de contabilidad: "*¿Cuántas veces?*".

Podrías decir válidamente: "Está bien, pastor, entiendo lo de la gracia. Pero... *¿cuántas veces tengo que poner la otra mejilla? ¿Una vez? ¿Dos veces? ¿Tres veces y a la cuarta ya puedo devolver el golpe?*".

Nos encanta esa pregunta porque nos encantan los límites. Queremos saber cuál es la cuota mínima de santidad para cumplir el requisito y luego volver a defendernos. Queremos una línea clara que nos diga: "*Hasta aquí estás obligado a ser cristiano; de aquí en adelante puedes actuar como tú quieras*".

Pero esa pregunta revela que seguimos pensando como abogados, no como hijos. La ley busca límites; la gracia busca transformación. Cuando Pedro le preguntó a Jesús si debía perdonar "*hasta siete veces*" (**Mateo 18:21**) (creyéndose muy generoso), Jesús le contestó con una cifra absurda: "*setenta veces siete*" (**Mateo 18:22**). No le estaba dando un número para que llevara la cuenta en una libreta; le estaba diciendo: "*Deja de contar*".

En el Reino de Dios no hay cuotas. No existe un punto donde Dios diga: "Bueno, ya te perdoné lo suficiente por hoy, la próxima vez te destruyo". Su misericordia es inagotable. Y si nosotros somos portadores de Su imagen, nuestra respuesta al mal no puede tener fecha de vencimiento.

La pregunta correcta no es "*¿cuándo puedo dejar de obedecer?*", sino "*¿qué tanto quiero parecerme a Jesús?*". *¿Cuántas veces debes poner la otra mejilla?* Tantas veces como sea necesario para que el agresor se dé cuenta de que está peleando contra alguien que no juega con las reglas de este mundo. Tantas veces como sea necesario para que tu mansedumbre lo deje sin argumentos. Tantas veces como sea necesario para romper el ciclo de odio.

Porque el objetivo no es sobrevivir al conflicto con el orgullo intacto. El objetivo es mostrarle al mundo que existe un amor que no se agota, una paciencia que no se rompe y un Dios que nos sostiene cuando decidimos confiar en Él en lugar de en nuestros puños.

Así que, si estás buscando una excusa para vengarte después del tercer insulto, no la encontrarás en Jesús. Él nos llama a tirar la calculadora y a abrazar la cruz. Y la cruz no tiene límites.

PUNTO III: ¿DÓNDE TRAZAMOS LA LÍNEA DE LA DEFENSA?

Aquí llegamos al terreno donde la teología toca la tierra, y donde a menudo nos duele más. Porque es fácil hablar de "*poner la otra mejilla*" en la seguridad de este estudio bíblico privado, pero *¿qué sucede cuando la violencia real entra en nuestra casa? ¿Qué pasa cuando el mandato de Jesús parece chocar con nuestro instinto de proteger la vida?*

Y aquí es necesario que nos detengamos para corregir un error de interpretación que ha causado mucho daño. El problema es que a menudo nos quedamos atrapados

en la literalidad del golpe físico y perdemos de vista la esencia espiritual de la enseñanza.

Jesús utiliza un ejemplo físico —la bofetada en la mejilla— para ilustrar una verdad espiritual profunda. Pero el foco de Cristo no está en la mecánica del golpe, sino en la dinámica del corazón. Muchas confusiones sobre este principio bíblico nacen precisamente de esa asociación natural con lo físico, descuidando lo espiritual. Creemos erróneamente que Él nos está dando un reglamento de boxeo —"déjate pegar"— cuando en realidad nos está dando una estrategia del Reino: *"no permitas que el odio del otro entre en tu espíritu"*.

Entender esto lo cambia todo. Si el mandato fuera meramente físico, entonces escapar de un golpe sería pecado. Pero como el mandato es espiritual (vencer al mal con el bien), proteger el cuerpo del daño físico mientras se protege el corazón del odio no solo es permitido, es sabio, tal como ampliaremos más adelante.

Con esta distinción clara (que Jesús busca la no-venganza, no la autodestrucción), podemos abordar las situaciones más difíciles con la mente de Cristo.

El Caso del Abuso

Tristemente, a lo largo de la historia, este pasaje ha sido torcido para mantener a personas atrapadas en infiernos domésticos, diciéndoles que *"sufrir por Cristo"* significa soportar golpes y humillaciones dentro del propio hogar. Eso es una mentira que destruye el Evangelio.

La instrucción de Jesús jamás debe interpretarse como un mandato para permanecer en una situación de violencia física continua. Hay una diferencia abismal entre **venganza y protección**. Cuando una mujer huye de una casa violenta, cuando llama a la policía mientras el agresor levanta el puño, cuando busca refugio para ella y sus hijos, ella **no** está desobedeciendo a Jesús. Jesús prohíbe el contraataque vengativo (el deseo de hacer daño), no la huida del peligro inminente.

Recuerden esto: nuestro cuerpo es *"templo del Espíritu Santo"* (**1 Corintios 6:19**). Permitir que ese templo sea destruido sistemáticamente no es piedad; es mala mayordomía. Proteger la vida que Dios te dio es un acto de obediencia. Y a veces, la separación física es la única forma de detener el pecado del agresor y proteger la santidad de la vida.

La Defensa del Inocente

Pero entonces surge la otra pregunta, la que nos quita el sueño: *"¿Y si no soy yo? ¿Y si veo que atacan a mi hijo o a mi vecino? ¿Debo quedarme mirando?"*.

Miren con atención el texto. Jesús dice: *"A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha"* (**Mateo 5:39**). El pronombre es singular y personal. Yo tengo el derecho divino de renunciar a **mi** propia defensa, de absorber **mi** propio golpe. Puedo elegir sufrir para ganar a mi hermano.

Pero el amor al prójimo me exige una ética diferente cuando el golpe es para otro. La Biblia nos ordena: *"Libra a los que son llevados a la muerte; salva a los que están"*

en peligro de muerte" (Proverbios 24:11). Si veo a un niño siendo atacado y no hago nada bajo la excusa de ser "pacífico", no soy manso; soy negligente. Soy un cobarde disfrazado de santo.

El amor protege. El amor interviene. Pero aquí está la clave del Reino: *interviene para **detener** el mal, no para **vengarse** del malvado.* La fuerza se usa para proteger la vida, no para destruir al agresor con odio.

La Autoridad Delegada

Y esto nos lleva al último eslabón de esta cadena: *el rol de la justicia.* Renunciar a la venganza personal no significa renunciar a la justicia pública. Dios estableció una diferencia fundamental: *la venganza es mía (personal de Dios), pero la justicia del tiempo presente pertenece a la autoridad.*

El apóstol Pablo nos enseña que el magistrado *"es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo" (Romanos 13:4).* Cuando denuncias un crimen, cuando testificas en un juicio, cuando buscas una orden de restricción, estás activando el mecanismo que Dios mismo diseñó para frenar el mal en el mundo.

No estás violando el principio de *"poner la otra mejilla" Mateo 5:39.* Estás pasando el caso del tribunal de tu ira personal al tribunal de la justicia delegada por Dios. El pecado está en querer ser juez, jurado y verdugo por tu propia mano. La virtud está en confiar en los sistemas que Dios estableció y apoyarte en el Juez Justo.

Puedes golpearme, pero no puedes definirme.

No me defines como una víctima indefensa, porque sé cuándo huir y buscar ayuda. No me defines como un vengador amargado, porque sé perdonar y entregar la justicia a quien corresponde. Mi identidad está segura en Aquel que me defiende.

PUNTO IV: ¿VALE LA PENA PERDER PARA GANAR?

Finalmente, llegamos a la objeción más cínica, esa que mira la historia con ojos mundanos y nos susurra: *"Todo esto suena muy noble, pero en la práctica es una derrota. Los cristianos que no se defienden, pierden. Los mártires que murieron cantando en el circo romano fueron ingenuos. Los tiranos ganaron y ellos murieron por nada".*

Si medimos la victoria por la supervivencia física o por quién grita más fuerte al final de una discusión, entonces sí, parece que perdieron. Pero la historia nos cuenta una verdad diferente.

El Imperio Romano, con toda su maquinaria de guerra, con todas sus espadas y su poder aplastante, eventualmente cayó. Pero esos cristianos "débiles", esos que morían perdonando a sus verdugos, conquistaron el imperio desde adentro. Como dijo Tertuliano: *"La sangre de los mártires es semilla de la iglesia".* No vencieron con fuerza militar; vencieron con una autoridad moral que el mundo no podía explicar ni destruir.

Y esto nos lleva al ejemplo supremo: **la Cruz**. Si hubiésemos estado allí ese día, habríamos visto a un hombre desnudo, golpeado, escupido y clavado en un madero. A los ojos del mundo, eso era la derrota absoluta. Parecía que el mal había ganado. Parecía que la mansedumbre de Jesús había sido un error fatal.

Pero lo que nadie veía es que, en ese preciso momento, Dios estaba poniendo *"la otra mejilla"* a la humanidad. Nosotros Le golpeamos con nuestro pecado, y Él absorbió el golpe mortal sin devolverlo para darnos vida. La Cruz no fue una derrota disfrazada; fue la victoria más grande del universo disfrazada de debilidad.

Cuando la Teología se Cruza con la Vida Real

Hermanos, para que comprendamos que esta enseñanza no es una teoría abstracta, sino una batalla real por la salud de nuestra alma, quiero aprovechar una experiencia que un hermano vivió recientemente que, seguramente, nos ayudará a entender mejor lo que el Señor nos está enseñando. Este hecho ocurrió justo después de haber escuchado el desafío de La Otra Mejilla – Parte 1.

Este hermano se encontraba en el estacionamiento de un centro comercial, esperando pacientemente a que un vehículo se retirara para ocupar su lugar. Estaba allí, con sus balizas encendidas, respetando el orden. Sin embargo, en el instante en que el espacio quedó libre, otro conductor apareció de forma abrupta, ignoró la espera de nuestro hermano y estacionó su vehículo, arrebatándole el lugar.

En ese segundo, la inspiración del domingo chocó violentamente contra la realidad del lunes. Ante el reclamo legítimo de nuestro hermano, el agresor respondió con una falta total de respeto: *"búscate otro lugar"*. Dentro de su corazón se libró una guerra civil; por un lado, su carne le gritaba que no se dejase pisotear y, por otro, el amor de Dios le recordaba el mandato de la otra mejilla.

Nuestro hermano logró una victoria externa: contuvo su ira y evitó el enfrentamiento físico. No obstante, al retirarse, lanzó al agresor una advertencia cargada de tensión: *"cuando regresara, si su auto estaba todo roto no era culpa suya"*. El agresor, con una indiferencia absoluta, respondió: *"tengo seguro. No me importa"*, y se retiró a disfrutar de su tarde.

Pero aquí es donde la historia nos muestra algo crucial. La esposa del hermano, que estaba presente junto con su pequeño hijo de 3 años, asumió una actitud completamente distinta. Ella no increpó al agresor. Simplemente le dijo: *"Que Dios te bendiga"*.

Y mientras ese hombre se alejaba riéndose, burlándose de la situación, esta familia quedó con su tarde arruinada. Aunque el hermano encontró otro lugar para estacionar, el daño ya estaba hecho. No pudo relajarse ni disfrutar con su familia; la amargura y la impotencia lo invadieron de tal manera que tuvieron que abandonar el paseo.

Analizando Nuestra Lucha Interior

Detengámonos aquí porque esta historia nos enfrenta con algo que duele. Nos enfrenta con una injusticia real, cumplida, que se salió con la suya. El agresor ganó

el estacionamiento y se fue feliz a disfrutar su tarde. Ellos perdieron su lugar y perdieron su día familiar. Y si somos honestos, eso apesta. Eso es profundamente injusto.

Esta historia nos muestra que una cosa es controlarse por fuera para no reaccionar mal, y otra muy distinta es cambiar de verdad por dentro. **Mateo 5:39** nuestro versículo insignia para este estudio bíblico, nos enseña: *"Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra"*.

El hermano ejerció dominio propio (enkrateia), fruto del Espíritu mencionado en **Gálatas 5:23**, al detener la violencia física, lo que de por sí es un logro. Pero, aunque sus manos se frenaron, su voluntad permaneció en un estado de resistencia (anthistemi), que significa adoptar una postura hostil para devolver el golpe. Al no poder soltar la ofensa, experimentó una ira establecida donde el enojo se asienta, que la biblia llama "orge". Al retener esa ofensa, se le dio lugar o terreno (topos) al enemigo. **Efesios 4:26-27** *"Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo"*.

El Verdadero Campo de Batalla

Hermanos, el estacionamiento no era el verdadero campo de batalla. El corazón de este hermano sí lo era. Ese agresor no quería realmente un lugar para estacionar su auto (tenía otros para elegir). Él quería algo mucho más valioso: quería el gozo, la paz y la unidad familiar de nuestro hermano humillándolo públicamente. Y tristemente, lo logró. No porque le robó el lugar, sino porque el hermano retuvo la ofensa.

Miremos la diferencia entre el esposo y la esposa. Ambos fueron víctimas de la misma injusticia. Pero uno salió con amargura que envenenó su día completo, y la otra pudo bendecir al agresor. Ella soltó instantáneamente lo que el esposo agarró con fuerza. Ella decidió en ese momento: *"Este hombre no se va a llevar mi paz"*.

Y aquí está la verdad que duele pero nos libera: ***la victoria no se mide por quién ganó el estacionamiento. La victoria se mide por quién conservó su paz.*** El agresor se llevó un pedazo de concreto (el espacio donde estacionó). Pero si nosotros retenemos la ofensa, él también se lleva nuestro gozo, nuestra tarde, nuestra comunión familiar y nuestra paz interior. Hermanos, no le demos tanto poder al enemigo.

El Secreto de la Libertad Real

William MacDonald señala que: *"Jesús está enseñando que el cristiano no debe preocuparse por defender sus derechos personales o su honor, ni debe buscar vengarse por los insultos. (...) Esto es imposible para el hombre natural. Solamente el Espíritu Santo puede capacitar a una persona para vivir en este nivel sobrenatural"* (MacDonald, William, Comentario Bíblico de William MacDonald: Antiguo y Nuevo Testamento, Editorial CLIE, 2004, p. 1260). Al tomar la venganza en nuestras manos, usurpamos el trono de Dios. **Romanos 12:19** nos enseña: *"No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor"*.

Hermanos, esto no es para condenarnos, sino para que veamos la verdad. El gozo no se perdió por el auto que se metió, sino por no querer soltar el derecho a tener razón. Poner la otra mejilla significa dejar que Dios sea quien nos defienda.

¿Cómo se ora en el momento por quien nos ofende? No es una oración larga y elaborada. Es un grito de auxilio en tiempo real: *"Señor, ayúdame a soltar esto ahora mismo. No me dejes quedarme con esta amargura. Y si puedes, toca el corazón de esa persona"*. **Mateo 5:44** enseña: *"Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen"*. Este es el antídoto contra la amargura que produce la injusticia. Y por su parte **Hebreos 12:15** agrega: *"Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados"*.

No voy a mentirles. Obedecer a Cristo en circunstancias como esta tiene un costo temporal real. Esta familia perdió su tarde. El agresor ganó y se burló. Está bien sentir que esto duele. Está bien reconocer que es injusto. Jesús mismo en la cruz clamó: **Mateo 27:46** *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"*. Él conoce el sabor amargo de la injusticia cumplida.

Pero aquí está la promesa que nos sostiene: **Romanos 12:19** *"Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor"*. Ningún golpe pasa inadvertido ante Sus ojos. Podemos descansar confiadamente en que Dios es justo, y en que nuestra obediencia nunca es en vano, aunque hoy no veamos el fruto.

Tu Lunes por la Mañana

Entonces, *¿qué significa todo esto para nosotros mañana por la mañana?*

Significa que cuando decidamos no enviar ese mensaje hiriente para defender nuestro ego, no estamos perdiendo; estamos ganando una victoria sobre nuestra propia carne. Significa que cuando decidamos perdonar a quien no lo merece, no estamos siendo débiles; estamos siendo inmensamente fuertes, tan fuertes como nuestro Padre celestial.

Estamos decidiendo que el ciclo de odio se detiene con nosotros. Estamos declarando que el mal muere cuando choca contra un corazón que se niega a rebotarlo.

Yo sé que esto es difícil y no lo digo porque lo haya leído en un libro. Sé cómo se siente en carne propia. Sé que da miedo soltar el control y confiar la justicia a Dios. Pero la promesa es clara y el Juez es fiel.

Hermanos, salgamos a enfrentar esta semana con la frente en alto. No porque seamos invencibles, sino porque somos hijos del Rey. Y cuando el mundo intente provocarnos, cuando intenten rebajarnos a su nivel de violencia, podremos mirarlos con la paz de Cristo y recordar:

Puedes golpearme, pero no puedes definirme.

Oremos juntos:

"Padre de toda consolación, venimos ante Ti con las manos vacías de piedras y el corazón sediento de Tu paz. Perdónanos por las veces que hemos disfrazado nuestro orgullo de 'justicia'. Reconocemos que no podemos vivir esto en nuestras fuerzas; necesitamos Tu Espíritu.

Señor, sana las heridas de los que han sufrido injusticias. Danos la valentía para proteger al débil sin convertirnos en verdugos. Que nuestra vida no sea un monumento a nuestra autodefensa, sino un testimonio de Tu amor que todo lo vence. Ayúdanos a confiar en que Tú nos defiendes mejor de lo que nosotros jamás podríamos hacerlo.

En el nombre de Jesús, Amén".

GLORIA A DIOS !!!

"Que la paz y la abundancia que encontramos en Jesús llenen tu vida".
Te saluda con amor fraternal, Daniel Liandro.

"En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia".
(Prov. 17:17)



REFLEXIONA CON DIOS

